



## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

26-12-C3/1

LA VOZ  
DE LA  
CUARESMA,

POR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, Pbro.,

director de la Revista popular.

---

(SEGUNDA EDICION).



---

**Precio: 40 céntimos el ejemplar.**

---

BARCELONA:  
TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, n.º 5, bajos.  
1875.



---

# LA VOZ DE LA CUARESMA.

---

## I.

¿La Confesion? No me venga V. con cuentos.

Y no obstante, amigo mio, con ese cuento, ó lo que sea, te sale cada año la Cuaresma. Y toda ella viene casi compendiada y como personificada en esta palabra, que es el terror de muchos cuando no debiera ser sino el consuelo de todos: la Confesion. Católico hay que en obsequio de su Dios y en defensa de su fe se lanzaria sobre enemigos armados hasta los dientes, y se estremece no obstante y suda de congoja al pensar en que ha de acercarse al confesonario. ¡Figúrate si es exigente y tiránica la Religion! ¡Manda confesarse, y quiere á lo menos que uno se confiese cada año por Cuaresma! Hemos conocido á muchos de esos espíritus apocados y miedosos, para quienes realmente el negocio terrible, al cual van dando largas lo mas que se puede, para librarse del cual pagarian bonitamente cualquiera contribucion por crecida que fuese, es la Confesion, ese dulce y consolador desahogo del alma que se llama Confesion. ¡Gran Dios! Y no obstante ¡qué apuros! es preciso confesarse, porque llega la Cuaresma, y pasan las primeras semanas de ella,

y éntrase luego en el tiempo de Pasión, y la piadosa madre ó la solícita esposa echan así al descuido alguna indirecta sobre el asunto; y á su vez anda hurgando tambien por los adentros la conciencia, que es señora muy señora que cuando da en molestar y pinchar y clamar récio, no concede punto de reposo. Y al fin se acercan los Aleluyas de Pascua, y no es cosa de que se cierre la Semana Santa sin haber recogido la cédula parroquial. Y finalmente se fijan día y hora y se acomete decididamente el negocio, siquiera para tener cuanto antes la satisfaccion de haber salido con vida de él. Todo esto cuesta á algunos el confesarse una vez al año.

Díme, lector, así con esta misma franqueza con que te hablo yo y con que tú me has hablado algunas veces, ¿no es esta la verdadera y puntual historia de tu corazon, quizá en estos mismos momentos?

Voy, pues, á hacerte una obra de caridad. Voy á ponerte por delante, en estas breves conversaciones que tendremos á solas tú y yo, las principales razones en que te apoyas, ó mejor, con que te engañas para mirar con sobresalto y recelo el acto dulcísimo de la Confesion cuaresmal. Y voy á desvanecértelas con un soplo, como sombras que son que solo con un soplo se desvanecen. Quiero que despues de leído este librito que Dios ha puesto en tus manos, lo sueltes decidido y digas sonriendo: «Pues, ¿si tiene razon ese D. Fulano, quien quiera que sea! Está claro, ¿y por qué no me he de confesar yo al momento?» Y que despues de esta eficaz resolucion vayas el día despues, y tomes tu capa ó lo que Dios te dió, y te pongas de un salto en la iglesia, y le rindas tus cuentas al confesor, y te vuelvas á casa tan sereno y tranquilo como todo el que tiene serena y tranquila la conciencia.

« ¿Que no te salga con esos cuentos,» me dices? Cuentos son en verdad, pero cuentos muy serios que pueden costar muy caro á tu pobre alma. Cuentos que no te cuento yo, sino que te cuenta la Iglesia, maestra tuya y mia; cuentos de que te pedirá razon el mismo Dios dentro un plazo no muy lejano. Vamos á ver. ¿Cuánto tiempo te prometes de vida? ¿cuánto puedes tardar en morir? ¿Veinte años aun? ¿Cuarenta? ¿Cincuenta? Hazte cargo que te los asegura Dios bajo su firma honrada, así como no te asegura ni el dia de hoy. ¿Qué tendrías? Al fin pasarías estos veinte, cuarenta ó cincuenta años como han pasado los demás, y llegarías como todo el mundo á la hora de la muerte; Morirás. Es verdad que esto al parecer te alarma poco; pero ¿y despues? No es lo tremendo la muerte, ni los dolores de la agonía, ni lo lúgubre del ataud, ni la descomposicion del cadáver, ni el llanto de los que nos aman, ni la soledad de la sepultura, ni el olvido del mundo. Lo temeroso y horrible es aquel *despues* tan incierto, aquel *despues* tan oscuro, tan negro y que por añadidura, bueno ó malo que sea, ha de ser definitivo, ha de ser eterno, porque de allí nadie vuelve, como dice con sublime sencillez nuestro pueblo.

¿Qué tal, amigo mio? Pues digo que si ese es cuento como te parece á tí, el cuento puede salir al fin una verdad muy espantosa. ¡A confesar, pues, sin excusas, ni dilaciones, ni vanos escrúpulos! ¡A confesar y á arreglar tus negocios con Dios para tranquilidad de tu vida y seguridad de tu muerte! ¡A confesar, mas que se rian los tontos y se irriten los malos! Ni malos ni necios nos sacarán de las manos de Dios vivo, cuando en ellas nos haya colocado inexorablemente la muerte.

¿Que tienes tus razones para no ir? Excusas serán, pero si tan poderosas te parecen, léeme con sinceridad en el decurso de la Cuaresma, lee estas breves páginas, y tú mismo falla despues. Sobre lo que ahora resuelvas tú, resolverá Dios en el dia de tu juicio.

## II.

**¡Bah! ¿Y de qué he de confesarme yo? A nadie he hecho ni deseado el menor mal.**

¡Hombre! bien; me alegro, porque precisamente eres tú á quien andaba yo buscando. Precisamente pretendia hablarles de la Confesion, no á presidarios, ni á tomadores del dos, ni á barateros de encrucijada, sino á hombres de bien como tú, pues estos y no otros supongo tienen tratos con mis papeles.

Pero, vamos á hablar con franqueza tú y yo, á solas como quien dice, que nadie nos oiga. ¿Es verdad que seas en todo un hombre de bien, y que tengas tan limpia y purificada la conciencia que nada reste que lavar y purificar en ella? ¿Es verdad que te encuentras ahora en una disposicion tal, que si te intimase Dios la muerte para dentro cinco minutos, no te creerias obligado á pedirle quince siquiera para arreglar tus cuentas espirituales? Responde á esta pregunta: ¿Temes ó no temes el juicio de Dios? Si temes, algo reconoces en tí que puede perjudicarte en su presencia. Pues bien; toma ese algo que temes por punto de partida de un exámen de conciencia, y ya me lo dirás despues.

Porque, vamos á ver, ¿tan ajustada anda toda tu

máquina que nunca tenga un tropiezo ó un desconcierto? ¿Nunca se desborda tu ira? ¿Nunca se van á lo que no deben tus sentidos, tu imaginacion ó tus deseos, con licencia de su dueño? ¿Nunca se te permite la lengua culpables libertades que ó injurian directamente el nombre santísimo de Dios, ó hieren el buen crédito del prójimo, ó escandalizan la inocencia de los inocentes, ó encienden las pasiones de los que no lo son? ¿Nunca has tenido con los impíos ciertas condescendencias y tolerancias que se parecen mucho, muchísimo, á traiciones é infidelidades para con tu Dios? ¿Estás cierto de que haces todo lo posible para cumplir como se debe tus deberes prácticos de cristiano, tu misa, tus rezos, tu pensamiento de las cosas del alma? ¿O vives descuidado de todo eso disculpándote con el olvido, como si el mismo olvido no fuese ya una gran culpa? Y tus negocios ¿son todos tan limpios, tan delicados, tan severos, que ya que puedan sufrir el juicio de un tribunal de la tierra, puedan salir también con un *visto-bueno* de los tribunales del cielo? No quiero decir que robes, no; libréme Dios de hacerte tamaña injuria; pero ¿estás cierto de que lo que ganas con tu trabajo, industria ó profesion, lo ganas siempre como debes? Y tus hijos, y tus dependientes, y tu mujer, ¿nunca han recibido de tí un mal ejemplo? ¿Los recibieron siempre conformes á la ley de Dios? ¿Es ejemplar y cristiana la conducta de tu familia ó servicio? Porque, si no lo es, átrévome á asegurarte que las dos terceras partes por lo menos de responsabilidad criminal se te cargan á tí en cuenta. ¿Tienes en tu librería libros perversos? ¿Estás suscrito á periódicos enemigos de la Iglesia, ó á novelas reñidas con la moral? Y los espectáculos á que asistes ¿son siempre tales que pue-



dan servirte de preparacion para la hora de la muerte? Y las limosnas que haces ¿son tan lujosas como tu traje y tus muebles indican que podrian y deberian ser?...

—Basta, basta, basta por Dios y por todos sus Santos, que trazas llevais con este rigor y escrupulosidad de sacarme á la luz del sol escondrijos de mi conciencia en los que yo nunca acerté á fijar la mirada.

— Dices bien, amigo mio, nunca lo miraste; por eso nunca te dió cuidado. Pero ¿estás seguro de que Dios no se acordará de tí y de tus faltas solo porque tú tuviste el extraño capricho de no querer acordarte de él y de sus leyes? Por mi parte estoy seguro de lo contrario.

Atrévete ahora, despues de esta ligera ojeada mia, á repetir la insulsa excusa de que nada tienes que te acuse delante de Dios. Lo que yo, con ser corto de vista, y examinando á la ligera, he podido descubrir, ¿crees podrá permanecer oculto al ojo de un Juez que te ve al través de los mas oscuros abismos? Tampoco ordinariamente le vemos impureza ó inmundicia alguna á ese aire que respiramos, y que tan limpio y diáfano y transparente nos parece. Sin embargo, un rayo de sol que lo atraviere nos basta para que veamos revolotear en él multitud innumerable de inmundicias que lo enturbian y afean. Cuando el rayo de aquella luz del juicio caiga de lleno sobre nuestras almas, ¡cuán asquerosas van á encontrarse muchísimas que en la vida mortal se creyeron tan puras!

Confíesate, amigo mio, pues tienes de qué, y mucho, y mucho, como cada hijo de su madre. El capítulo de las *omisiones* basta él solo para alarmar á la conciencia menos timorata. Pero no... Ya te com-

prendo, lo que te asusta no es quizá la falta de materiales para una buena confesion, que de esos todos tenemos abundante cosecha, sino el embrollo en que están tus negocios, el desórden de tus libros de caja, de los cuales es difícilísimo sacar en limpio el balance definitivo, porque quien nunca, ó casi nunca, pensó en las cosas de su alma, ¿cómo va ahora á exigirle que dé cuenta menuda de ellas?

### III.

Vamos, si quereis que os hable francamente, la verdad es que no sé por dónde empezar.  
; Está tan enredada la madeja...!

¡ Bravo! así me gusta, así, amigo mio; las cosas claras. La verdad es que eso no está tan limpio que no merezca someterse á una buena colada, antes está tan súcio que no sabe ya uno por dónde cogerlo. Esto quisiste decirme en puridad, ¿no es cierto? Pues bien, vamos á desvanecerte tambien ese reparo, vamos á desalojar al diablo de esa otra trinchera de la pereza, formidable de lejos como todas las suyas... liviana y endeble y como de humo cuando se la mira de cerca y se la palpa con las manos.

¿ Con que, no sabes por dónde empezar? Amigo mio, para estas dudas tengo yo una receta infalible que no me ha de sacar mentiroso. Oyeme bien. Todas las cosas suelen empezarse por el principio. ¿Te ries? Ríete lo que quieras con tal que me concedas que tengo razón. Pero me dirás: ¿Cuál es ese principio? ¿dónde se le encuentra el cabo al hilo de esa enredada madeja? Calma, calma, que á todo iremos respondiendo con facilidad.

Si mañana me viniese un impertinente con la noticia de que puede que yo haya faltado á un bando de buen gobierno que ha publicado el alcalde de esta ciudad ó el gobernador de la provincia, ¿sabes de qué modo me las compondria yo para saber pronto y claro si he delinquido ó no, y si por ende me amenaza ó no la multa? Muy sencillo. Buscaria *incontinenti* un ejemplar del consabido bando, ó me dirigiria bonitamente á la tablilla de la casa municipal donde debió fijarse, y una vez alli me iria enterando de los artículos que contiene con todos sus pormenores y circunstancias, deteniéndome en cada uno para ver de recordar si algun dia por malicia ó por debilidad dejé de ajustarme á alguno de ellos. Y una vez leidos y repasados los susodichos artículos, asegúrote á fe de hombre leal que podria responder muy clara y redondamente á quien me pidiese si he incurrido ó no en la multa en cuestion.

Esto harias tú tambien; y esto hacemos tú y yo muy á menudo, sin que tengamos por muy costosa la operacion, ni suframos angustias y trasudores para salir de ella. ¡Y pensar ¡válgame Dios! que la Iglesia no me pide otra cosa cuando me manda antes de la Confesion proceder á un *examen de conciencia*!

Sí, porque lo que he de hacer y lo que no he de hacer, bien claro está y bien previsto y bien especificado en un bando de buen gobierno que algunos siglos atrás dió el Señor al mundo con el nombre de *Decálogo*, y que con otro nombre se llama tambien *Mandamientos de la ley de Dios*. Y la Iglesia, autorizada por Cristo, verdadero Dios, tiene añadido á este bando un breve apéndice que se conoce con el nombre de *Mandamientos de la Iglesia*. Quince artículos no mas contiene en suma toda la legislacion cristiana;

de suerte que no hay nacion ¿qué digo nacion? no hay aldea ó villorrio que tenga un código mas simplificado. Quince artículos, cuya explicacion auténtica y detallada se halla en un librito de pocas páginas y de mucha filosofía que la Religion ha logrado poner hasta en manos de las mujeres y de los niños con el nombre de *Catecismo*. Quince artículos que además se vienen exponiendo diez y nueve siglos há desde todos los púlpitos, en todas las lenguas, al alcance de todas las capacidades, motivo por el cual es difícil que nadie ignore, de buena fe se entiende, lo que en ellos se manda ó se prohíbe. Mira, pues, si es cosa tan del otro mundo tomar un ratico cualquiera ese bando de quince artículos y ver si te hallas en falta en alguno de ellos. Pues, á fe que si por cada transgresión de esas te pudiese echar el alcalde de barrio una multa siquiera de tres pesetas, á fe, digo, que anduvieras con cuidado para no caer, ó á lo menos para que no te cogiese infraganti la policia. Mas ahora... como el agente de policia que te está á todas horas observando invisiblemente es Dios, y como la multa que puede echarte encima por tus delitos no es mas al fin que una condenacion eterna, te tiene esta friolera con tan poco cuidado... Y te excusarás diciendo que los Mandamientos los tienes casi olvidados, que el catecismo lo supiste en tu niñez, que ahora te han distraído de él mas graves negocios... ¡Infeliz! ¿Y á qué ciudadano excusa la ignorancia de la ley cuando esta se ha promulgado en debida forma y está aun fresca en todas las esquinas? ¡Yo no sabia...! Pues bien; precisamente es gravísimo crimen el no saber lo que se debe!!

Pero vamos, demos de barato que están tan embrollados tus asuntos, que no tienes con aliento para

desentredarlos, ni siquiera aplicando á ellos toda tu atencion. Cuando el estado de tus intereses se halla tan revuelto, que no puedes por tus solas fuerzas sacar en limpio el balance general de tu casa, ¿no buscas un buen liquidador de cuentas, un práctico tenedor de libros, y no le entregas de una vez la llave de tu púpitre, para que él con su destreza en estos negocios eche sus sumas y sus restas sobre los documentos que le des, y te diga luego el activo ó el pasivo que den por resultado? Aplica el mismo procedimiento á ese balance general de la conciencia, que debe hacer todo buen cristiano en estos dias de santa Cuaresma. La Religion ha establecido tambien un práctico para estos negocios del alma. La Religion ha hecho que hubiese un hombre ó varios hombres, á quienes ha obligado á seguir peculiares estudios, á quienes ha dado mision especial é instrucciones expresas para ayudar á los fieles á sacar en limpio el borrador de su conciencia... siempre que estos por su parte no se obstinen en negarles la llave de ella y en mantenérsela impenetrablemente cerrada. Este hombre práctico, este liquidador de negocios espirituales, es el sacerdote. Nadie podrá excusarse con el embrollo de su conciencia sabiendo que hay quien se ofrece á todas horas á desembrollársela caritativamente. Véte, pues, amigo mio, al confesor; no importa que hayan transcurrido doce meses ó doce años ó cuarenta desde tu última Confesion; una sola cosa se exige de tí, y estás salvado... Buena voluntad. Abre allí de par en par las puertas de tu alma; permite que la mano del ministro de Dios introduzca allí la luz de su ciencia y el escalpelo de su práctica; verás qué ignorados arcanos te pone de manifiesto, y qué delicada anatomía hace de tu pobre corazon. Sé

franco tú y sincero y leal para responder un humilde sí ó un humilde nó á sus investigadoras preguntas, y tienes andada ya la mitad por lo menos del camino. Lo restante, con la gracia de Dios, se reducirá por tu parte á *dolerte* como bueno de tus pasados extravíos, á *proponer* como hombre formal evitarlos en lo sucesivo, y á cumplir con humildad la saludable *satisfacción* que en desquite de ellos se te imponga. Ese es al fin y al cabo el negocio tan árduo y costoso é insoportable de la Confesion. Ni mas ni menos.

#### IV.

**¡Por Dios! ¿Con un hombre como yo? ¿á un hombre como yo quereis que descubra mi conciencia?**

Vaya, ¿y por qué no, amigo mio? ¿No descubres al médico, que es un hombre como tú, las mas secretas enfermedades de tu cuerpo? ¿No descubres al abogado, que es un hombre como tú, los mas delicados secretos de tu familia? Y son hombres como tú por un lado, pero por otro son mas que tú, porque tienen sobre tí la autoridad de la ciencia y de la profesion. Asimismo el sacerdote es por un lado hombre como tú, pero por otro es mas que tú, porque tiene sobre tí la autoridad divina de su ministerio. Y así como á los primeros te obliga á acudir la necesidad de atender á tu salud ó á tus intereses, así al segundo te fuerza á acudir la necesidad de atender á tu alma, que es mas respetable que ellos.

No me sorprende ciertamente la noticia de que el sacerdote es al fin un hombre como tú. Lo que sí me

sorprende es tu extraña sorpresa. ¿Crees acaso que Dios habia de crear para ministros suyos una casta especial de hombres en nada parecidos á los demás? Te equivocas; antes pretendió cabalmente lo contrario. Oyeme sino, y puede que halles convincente una reflexion que te voy á hacer.

Dios al decretar tu redencion y al enviar para eso á su unigénito Hijo, lo primero que resolvió para realizarlo fué que se hiciese hombre, y pásmate! hombre como tú. Si; con esto creyó sin duda facilitar el negocio de tu regeneracion, dándole tu propia carne, un alma como la tuya, trato, conversacion, necesidades humanas, dolores y miserias, menos el pecado, exactamente como tú. *Habitu inventus ut homo*, dice san Pablo. Pues bien. Al instituir el sacerdocio, que no es sino la continuacion, la perpetuacion en la tierra de la mision divina de Cristo, quiso hacerlo con análogas condiciones, y á este fin escogió para ministros suyos, para que fuesen otros Cristos, en frase de un santo Padre, no ángeles ni serafines, sino hombres como tú, del mismo modo que para ser él el primer sacerdote quiso hacerse hombre como tú. Hay en esto una mira sumamente misericordiosa de su sabiduría. Cristo, dice san Pablo, quiso hacerse capaz de sufrir nuestras miserias y tribulaciones á fin de que la participacion de ellas le interesase mas en favor nuestro. Asimismo al escoger ministros suyos quisolos de la masa comun, de la condicion ordinaria del pueblo cristiano, á fin de que el ser hombres como los demás les hiciese mas compasivos, y mas solícitos para las humanas necesidades.

Hé aquí, pues, por qué cuando tú pareces desear que hubiese para confesarte ministros que no fuesen hombres como tú, Dios, que sin duda lo entien-

de mas y conoce muy mas á fondo el corazón humano, tuvo al revés un verdadero empeño en que todos fuesen hombres como tú, hasta el punto de que á su Hijo Unigénito, que no lo era, le hizo tomar esta condicion que antes no tenia. De tal suerte es verdad que el ser el confesor un hombre como tú, lejos de retraerte de la Confesion, deberia mas bien atraerte á ella y hacértela mas fácil y consoladora.

Porque, vamos, discurremos sobre este punto con alguna imparcialidad. ¿No es verdad que puede servirte de gran consuelo, en medio de la indispensable confusion que has de experimentar al revelar tus culpas, la idea de que el que te escucha ha debido hacer poco antes, quizá en tu misma presencia, lo mismo, es decir, confesar las suyas? ¿No es verdad que bien mirado no te has de avergonzar de hacer en su confesonario lo que él hace muy á menudo á los piés de un compañero suyo? ¿Y podria tenerte en mal concepto por tus faltas quien tiene tambien las suyas de que dar cuenta, y por cierto muy mas rigurosa?

Pero ¡por Dios! no demos tanta importancia á excusas á que tú no das ninguna. Con que ¿realmente te da pena que sepa tus faltas un hombre? Pues lo extraño, á fe; porque la mayor parte de ellas no tienes inconveniente en que las sepa todo el mundo. Por donde la vergüenza que alegas para no confesarte, paréceme mas bien excusa que verdadera razón.

Díme, sino; tus blasfemias las sueltas en mitad de la calle sin reparar en testigos, ¿no es verdad? Tus murmuraciones é invectivas las empleas en el trato comun. Para tus burlas contra la fe y sus ministros te asocias á numerosa compañía. Que cumples mal, ó que no cumples bien ni mal, tus deberes cristianos,



eso lo sabe todo el vecindario. Que tienes un periódico perverso ó un libro detestable, lo está viendo cualquiera que entra en tu despacho. Que no eres delicado en materia de chanzas obscenas, y mucho menos en pensamientos de mal género, lo dicen tus continuas conversaciones y las francachelas que te permites con tus amigos. Si posees como tuyos bienes que no lo son, sino de la Iglesia ó de los pobres, eso no lo recatas, pues todo el mundo te vió tomar parte en la ilícita subasta. Tus rencores y enemistades, tus venganzas y desquites, no los disimulas, sino que buscas ocasiones de lucirlos como blason de tu familia ó de tu persona. Y hasta aquellas acciones, cuya fealdad ó bajeza no consiente la luz del día, no las cometes en público, es verdad, pero haces de ellas ostentacion y jolgorio, y son las hazañas con que te envaneces y te haces envidiar por tus camaradas. Pues bien. Me pasma hallarte ahora tan púdico y melindroso para decirle al oído á un hombre lo que de público saben de tí todos los hombres y las mujeres. Me asombra que guardes tan recatado un secreto que ya no lo es para nadie, y al cual para que llegue á su último grado de publicidad diríamos que solo le falta la de los periódicos, si la fama no fuese ya por sí sola mas trompetera que cien gacetilleros. No sé ciertamente á qué tanto empeño para esconder durante quince minutos lo que traes á todas horas estampado sobre la frente. Desengáñate, amigo mio, eso de la vergüenza es casi un mito desconocido en nuestro siglo, que tiene por virtud el ser desvergonzado. Si la Religion te impusiese el deber estrechísimo de no revelar á nadie de este mundo tus acciones malas, ¡entonces serian los apuros! te costaria mas guardar esta reserva, que cumplir con lo que te manda ahora tocante al precepto de la Confesion.

Pero ¿qué digo? ;Si este desahogo, esta comunicacion en el seno de una persona que por sus luces, por su bondad ó por su ministerio nos sea respetable, es no solamente precepto de la Religion, sino necesidad imperiosa del corazon humano! Cuando graves dolores, ó remordimientos, ó dudas, nos atormentan, el primer consuelo que apetece el alma es el de comunicarlos, y esta sola comunicacion independientemente del consejo ó del consuelo que recibimos es ya por sí sola un lenitivo. ¡Y esto, que, si no estuviese mandado, se practicaria mil veces, se repugna hoy por el solo hecho de constar en un precepto de la Religion! Una distinguida señora, poco piadosa por desgracia suya, hablaba un dia con un sacerdote católico sobre materias de religion, y principalmente le presentaba con respecto á la Confesion los reparos que te estoy yo ahora desvaneciendo: «Señora, le hizo observar el sacerdote, me dice V. que encuentra absurda la Confesion, y hace por lo menos una hora que se está V. confesando conmigo!» Efectivamente, en el decurso de su visita la dama despreocupada habia consultado con su interlocutor sobre algunos secretos interesantes. ¡Ah! ¿Y no es esta la respuesta que podríamos dar á muchos que se obstinan en negarse el dulce consuelo de una santa Confesion?

V.

**Pero ¡caramba! ¿Y qué se va á decir de mí en el pueblo? ¿Y mis amigos? ¡Buena se me va á armar en el café!**

Ta, ta, ta. ¿Y de esto no mas se trata? Pues, vaya con Dios, que no me parece de gran monta el escrúpulo. Vergonzosillo serás en demasía, mi buen amigo, si por eso solo temes el *qué dirán*, y te asusta la risa y el chischiweo de los desocupados y parlanchines.

Veamos, pues, ¿y qué se va á decir de mí? ¡Toma! se va á decir que eres un beato, un fanático, un retrógrado, un neo, un servilon, un oscurantista, un reaccionario, que todo eso se usa hoy entre ciertas gentes en vez de la palabra sencilla y llana *buen cristiano*. ¿Qué mas quieres? Todo eso se va á decir, y mucho mas que me callo. Pero dime, te ruego, ¿qué importancia tiene todo eso ante el importantísimo negocio de tu deber y de la salvacion de tu alma? Todas las habladurías de los chismosos y todas las zumbas de los burlones, si das en hacerles caso, ¿te proporcionarán una gota siquiera de consuelo cuando te halles en los terrores de tu postrera agonía ó en los suplicios sin fin de la eternidad? Pues, de eso se trata, amigo mio, y no ciertamente de contentar al mundo, á quien por otra parte no se tapa la boca con seguirle enteramente el humor en todos sus antojos.

Paréceme, amigo mio, que las personas que, como tú, temen entregarse á la práctica sincera de la reli-

gion por miedo de las habladurías del mundo se tienen formada de ese don diablo una idea sumamente equivocada. Yo, á la verdad, con tratarle menos, presumo de conocerlo mas, porque en eso como en tantas otras cosas sucede que ve menos claro en la danza el que mas enredado está en ella. Digo, pues, que si el mundo murmura y burla y ridiculiza á las personas dadas á la piedad, murmura y burla y ridiculiza con mucha mayor crueldad á sus propios seguidores. Óyele en sus corrillos, en sus tertulias, en sus alegres francachelas. Por cada sátira de las suyas que hiere á una persona de religion, son ciento las que despedazan la fama y aun tal vez la honra de la mujer vana, de la niña desenvuelta, del jóven calavera, del marido galanteador ó del viejo verde. No lo dudes. Algun pinchazo que otro se tira contra nosotros, sacristanes y gente de iglesia, pero el verdadero tiro-teo sangriento, el verdadero desmoche y tala de reputaciones los ejercen entre sí unos con otros los mundanos y despreocupados. A nosotros nos desprecian profundamente, y por eso nos olvidan y nos dejan allá sumidos en el polvo y telarañas y oscuridad de nuestros sombríos confesonarios. Tanto mejor. A quien una vez rompió con el mundo y le dió patada, téngase por seguro que poco daño le harán sus flechazos. Es probado.

Pero, yo ya sé, amigo mio, la secreta razon de tus temores y celos; no haré mas que apuntártela, por aquello de que al buen entendedor pocas palabras. Temes la burla del mundo, porque no te sientes con valor para ponerte fuera del alcance de sus tiros. Bien quisieras tú cumplir como bueno y frecuentar de vez en cuando la iglesia y acudir á los santos Sacramentos, pero juntamente con eso no dejar de per-

tenecer al grupo opuesto, frecuentar lugares cuya atmósfera envenenada, lo sabes como yo, es contraria á la Religion, cuya tendencia es por lo menos escéptica é indiferentista, cuyas máximas chocan de frente con las máximas que tú deseas todavía conservar, aunque demasiado ocultas, en el fondo de tu corazón. Y esto te pone, amigo mio, en gravísimos compromisos. Te has empeñado en sostener un equilibrio difícilísimo, y te mareas para mantenerte en él, pero... no lo digo yo, lo clama tu propia experiencia, es imposible, imposible, imposible. No se pueden seguir á la vez dos corrientes opuestas. ¿Cómo entregarte por la mañana con sinceridad á prácticas de devoción, y concurrir por la tarde á concursos en donde se la pone como ropa de Pascua? ¿Cómo frecuentar por la mañana los Sacramentos, y pasar la tarde entre camaradas que sueltan la carcajada solo con oírlos nombrar? Por eso los verdaderos hombres de mundo son francamente enemigos de la Religion, así como los verdaderos hombres de religion viven francamente retraídos del mundo. Y esto, que ha tenido lugar en todos tiempos, tiene mucha mayor aplicacion en este siglo. Una parte de la sociedad actual vuelve al paganismo á marchas redobladas. Algunos de los círculos de la moderna vida social son ya completamente paganos, están del todo descristianizados. Natural es, pues, que el verdadero cristiano se encuentre en ellos ó como enemigo ó siquiera como extranjero, y siempre como elemento heterogéneo que no puede aliarse con los demás sin entrar en transacciones y condescendencias, que suelen ser siempre traiciones á la verdadera fe. Clarito, clarito; esto es la verdad.

Quien se queje, pues, de que se burlen de su reli-

gion no merece en rigor otra respuesta que esta pregunta: Y ¿por qué vas tú á lugares donde es frecuente esta burla contra tu religion? ¿Concurrirías dos veces seguidas á una reunion donde una vez sola se hubiese puesto en duda la honra de tu madre ó el buen nombre de tu familia? Y si fueses tan débil, por no decir tan miserable, ¿podrias quejarte de que allí se dejase malparado el honor de tu casa cuando tú autorizas la infamia con tu propia presencia? Pues bien. La Religion es mas que tu madre, porque es la madre de tu alma; mas que tu familia, porque es tu familia espiritual; mas que tu honra, porque es la honra de Dios. Ya lo conozco. Te duelen quizá las burlas contra la fe, no porque son contra ella, sino porque te hieren á tí de rechazo. Y por eso tal vez entre abandonar la práctica piadosa, ó dejar la compañía ó la sociedad ó el casino en que es ultrajada, prefieres abandonar la primera y continuar formando parte de los segundos. ¡Infeliz! Eres... ¿quieres la verdad? un traidor á tu causa y un apóstata de tu fe!!!

Así te hablaria, amigo mio, si persistieses en presentarme como razon formal para no confesarte la ridícula excusa de lo que van á decir tus compinches ó conocidos. Tu propia excusa te sacaria condenado. No, amigo mio, no; tú no serás de esos. No serás tú de los cobardes que niegan á su Dios por la risita de un pigmeo, que tiene valor para insultar lo que ellos no tienen valor para defender. ¿Crees ó no crees en tu fe? Si no crees, es hipocresia no renegar de ella claramente; si crees, es bajeza vil no confesarla á voz en grito con obras y palabras. Escoge cuál de estos dos dictados te cuadre mejor: ¡ó hipócrita, ó cobarde!

Ni lo uno ni lo otro, amigo mio; sino creyente resuelto y decidido, á todo trance... como buen español.

## VI.

Pero bien. ¿Y qué voy á sacar de mi Confesion? Pecaré una hora despues, y seguiré siendo el mismo hombre... Así me sucede siempre.

Sí, es verdad; tienes mucha razon, amigo mio; así te pasará si te has propuesto hacer tu Confesion simplemente como una ceremonia mas ó menos costosa, y salir del paso de cualquier modo, únicamente para darme gusto á mí, ó para engañar á las gentes. Más te digo aun. Despues de una Confesion hecha así de este modo, no vas á quedar como antes, no; vas á quedar mucho peor. Más endurecido en el mal, más insensible á los remordimientos, culpable de una verdadera profanacion, de una irrision sacrilega del sacramento de Cristo. Es indudable: no se mejora el corazon, ni se limpia, ni se robustece en el bien con solo arrodillarse diez minutos á los piés del confesor, pronunciar cuatro fórmulas de rutina y oir cinco minutos de exhortacion. Si la Confesion no fuese mas que eso, mereceria, á fe, tu indiferencia y el sarcasmo con que habla de ella la impiedad. No obstante, es necesario que lo entiendas bien; cuando Dios y la Iglesia te hablan de Confesion, no te hablan de esa Confesion-farsa, parodia, simulacro ó llámalo como gustes. No te hablan de esa Confesion sofisticada y adulterada que es tan mentirosa, que no consigue

engañar á Dios; ni al confesor, y que ni aun á tí mismo te engaña. Aquí hablamos de la Confesion verdadera, de la Confesion que hacen los labios y que acompaña el corazon, de la Confesion que declara todo lo que sabe, y propone enmendar todo lo que declara, y cumple ó hace medios para cumplir todo lo que propone. Aquí se trata de un acto sério, formal, como lo harías en vísperas de morir, en el lecho de la agonía ó antes de ser conducido al suplicio. Considera así este asunto, trátalo con la seriedad con que se trata en aquellas tremendas horas, y verás entonces si aprovecha ó no la Confesion, y si sales de ella profundamente cambiado.

¡Que caerás otra vez! Ya lo sé, amigo mio, pues no por haberte arrepentido dejarás de ser hombre de barro vil. Pero caerás con menos facilidad, y te dolerás de la caída, y te levantarás con mas presteza. A lo menos no se te hará crónico el pecado, que es lo que á todo trance debes evitar. Pero bien. Supongamos que luego caes otra vez en lo mismo que en la Confesion has detestado: ya comprenderás que, si esta razon fuese valedera para no confesarte ahora, serian verdaderos una porcion de absurdos que te voy á proponer y de los cuales vas á reírte.

No valdrá la pena de que comas hoy, porque al fin dentro pocas horas has de sentir otra vez necesidad de comida.

Ni te afanes en curarte de tus enfermedades, porque puede que una vez curado vuelvas á enfermar dentro pocos dias.

Ni te creas obligado á hacer lo posible para evitar la muerte, porque, amigo mio, al fin y al cabo has de morir, aunque te hayas escapado cien veces.

Ni procures lavar tu ropa, porque en cuanto te la pongas encima ha de volvésete á ensuciar.



Ni hay para qué arrancar la yerba de tu campo, porque á poco volverá á retoñar y crecer.

¿Te parece esto razonable? No obstante, así sucede todo lo del mundo, y por esto Jesucristo nos encargó, no que confesásemos una vez y luego nos echásemos á dormir, sino que vigilásemos *siempre* y nunca nos descuidásemos.

Pues bien, ahora te confesarás, amigo mio, y prometerás de veras á Dios formal enmienda de todo lo que hallares en tí que lo necesita, ¿no es verdad? Y si vuelves á caer por tu desgracia, volverás á confesarte; pues no es triste la condicion del que cae y se levanta, sino la del que cae y no acierta á salir del lodo en que se hundió.

Oye aquí en conclusion sobre este asunto una hermosa cita de mi buen maestro el incomparable Segur: «La vida del alma, dice, es como la del cuerpo; son dos vidas que es preciso cuidar, mantener, alimentar, preservar y fortalecer por medio de un trabajo paciente que se renueva cada dia y que durará hasta la muerte...

«Eres demasiado vivo de genio, amigo mio, y quisieras hacer todas las cosas de una sola vez. No es así como se debe obrar: cada dia lleva su tarea. Hoy lávate y aliméntate para hoy, mañana te lavarás y alimentarás para mañana, y así hasta el fin. Lo mismo debes hacer con tu alma; lavarla, purificarla y cuidarla hoy con el mayor esmero, sin desconfiar para lo porvenir. Tal vez ese porvenir no te será concedido, y si lo fuere, ten cuidado entonces del mismo modo.

«Ora, pues, confésate, comulga, sirve á Dios; empieza siempre de nuevo, y no te canses jamás.

«Cuando doy cuerda á mi reloj, no tengo la segu-

ridad ni siquiera la pretension de que ande siempre, y encuentro muy natural el que tenga que dársela de nuevo al día siguiente. Da también y renueva la cuerda á tu reloj, á tu pobre conciencia que se atrasa siempre, que se para fácilmente y que necesita de las frecuentes visitas del relojero.»

¿Oíste, amigo lector? ¿Qué contestas á tan claras como concluyentes razones?

## VII.

**Al fin eso no corre prisa; ¡con tal que se haga en la hora de la muerte...!**

¿No corre prisa, dices? Está bien; pues tómalo con calma, y ya me lo dirás despues, es decir, en el día del juicio. El infierno anda lleno de estos calmosos que se condenaron y sufren tormentos indecibles y los sufrirán por toda la eternidad, solo porque creyeron que eso de confesarse y enmendarse no corria prisa.

Confesarse y enmendarse no corre prisa, es verdad; pero en cambio, amigo mio, corre prisa, mucha prisa, el morir, que te aseguro es cosa muy seria. Aun á los hombres mas calmosos se les viene encima muy aprisa la hora de morir. ¿Cuántos años cuentas de edad? ¿Veinticinco? jóven eres, pero examinando con la estadística en la mano el promedio de la vida humana, puedo asegurarte que llevas hecho ya la mitad por lo menos del viaje. Y la otra mitad nadie te la asegura. Cuanto mas si tienes cuarenta, cincuenta ó sesenta años. Entonces, por mas que le des largas al asunto, desengáñate, tienes un pié ya

en el ataud. Anda diciendo, pues, que eso no corre prisa. Cada hora que suena en el reloj, cada oscilación del péndulo, es un paso de la muerte que se te aproxima. A propósito. ¿Sabrias decirme tú, tan alegre y tan confiado, á cuantos pasos se te halla de distancia aquella señora?

Pero vamos, supongamos que la cosa hoy no corre prisa; que la muerte contra su costumbre tiene la amabilidad de darte un plazo mas ó menos largo; que vives, y envejeces, y enfermas, y se llega al fin rodeada de ayes y suspiros, de médicos y medicinas, de congojas y trasudores, la hora de morir. ¡Linda hora; amigo mío, para arreglar negocios embrollados! Dígotte de verdad, y como amigo tuyo que soy, que no te envidio el gusto. Es una broma arriesgada que puede salirte muy cara. Pasar diez, doce, veinte ó treinta años olvidado de Dios, sin tener en cuenta ni uno solo de sus mandamientos, atropellando todos los deberes de cristiano, y aguardar aquella hora pesada, angustiosa y acongojada para examinar todos los pensamientos, palabras y obras de estos veinte ó treinta años; guardar para entonces esta minuciosa revista de la vida, y presumir que se podrá hacer con toda serenidad y con toda la tranquilidad que exige, y que entonces nada costará y se hará muy llana y fácil cuando hoy te espanta por difícil y engorrosa, perdóname, amigo mío, pero es, es... ¿quieres que te lo diga francamente? es una locura. Cuando un mediano resfriado te da tos ó dolor de cabeza, no estás para pensar en el mas trivial negocio de tu casa. Y cuando te halles agobiado por la agonía, nublado ya el entendimiento y aletargada la voluntad, cuando la muerte cercana te pique ya los talones y te tenga bajo el filo de su guadaña, ¡oh! entonces examinarás

en cinco minutos la conciencia que hoy en un día no puedes poner en limpio ! Y te confesarás, y la confesion que harás será buena, cabal, completa, como si la hicieses cómoda y descansadamente en el mejor de tus días de salud ! ¿Crees esto ? ni tú mismo lo crees.

«Pero muchos, me dirás, se confiesan así.» Es verdad, y por esto son muchos los que, en frase de un santo Padre, cometen con los últimos sacramentos los últimos sacrilegios. Tú no sabes una cosa, pero la sé yo por experiencia, y voy á decírtela al oído. Pocas cosas desconsuelan tanto al sacerdote católico por regla general como las confesiones de los moribundos. Muy frecuentemente los últimos sacramentos se administran al alma del mismo modo que los últimos remedios al cuerpo, por pura obligacion de caridad, solo para que no le quede al ministro de Dios el remordimiento de no haber hecho por el enfermo todo lo que absolutamente se puede ; pero ¡ay ! ¡con cuánta desconfianza ! Desconfianza, no en el valor intrínseco de los sacramentos, sino en la disposicion del que ha de recibirlos ; disposicion sin la cual es estéril é ineficaz hasta la misma sangre de Cristo !!! ¿Tendrás tú esta disposicion ? Yo estoy mas versado que tú en asuntos de conciencia, y no me atreveria á prometérmela. Vé recorriendo en tu memoria la lista de los que has visto morir y que guardaron para esta hora la confesion de toda la vida, y díme luego con el corazon en la mano ¿te gustaria morir de aquel modo ? ¿Te contentarias con que se dijese al pié de tu cadáver aquello que se dice tan frecuentemente : «Al fin de un modo ú otro ha recibido los santos sacramentos ?» ¿De un modo ú otro ? Es decir, se los administramos, y valga lo que valiere. ¡Ay ! ¿te contentarias con esa especie de pasaporte tan dudoso ? Y

no obstante es él que tienen por lo común todos los que guardaren su confesion para la hora de morir.

Como un ladrón, nos dice Cristo que vendrá la muerte, y esta frase sale siempre verdadera. Aun aquellos que padecieron antes de morir larguísimas enfermedades, aun los que llegaron á edad muy avanzada, mueren siempre «á la hora menos pensada.» Es ley general del género humano. Cierta la muerte, pero incierta la hora. ¿Guardas, pues, para un *momento incierto* el asunto mas fundamental de todos los tuyos? ¿Juegas al azar de un dado, no tu fortuna, no tu salud, no tu posicion, no tu vida, sino tu alma? ¿Desafías á Dios negándote á reconciliarte con él hasta que á tí te plazca, sin pensar que tal vez en justo castigo te volverá él entonces la cara!

Tú, quien quiera que seas, amigo mio, que lees estas breves instrucciones, no te duermas, no te duermas. No sabes si terminarás este año, ni siquiera este mes, esta semana ó este dia. Mas de ochenta mil almas se presentan cada dia al tribunal de Dios segun el cálculo mas aproximado de la estadística moderna. Mas de ochenta mil almas entran cada dia en estas regiones pavorosas de las cuales nadie vuelve, y en las cuales todas entran sin otra recomendacion que la de sus obras buenas ó malas. ¿Qué tal son las tuyas? ¿Te atreverias á presentarte delante de Dios y á decirle: Señor, nada me remuerde la conciencia? ¿Te atreverias á decir esto? Pues bien. Confiesa que eres pecador. confiesa que has cometido mil iniquidades, confiesa que eres reo de infierno, confiesa que solo dejas de arder por pura misericordia de Dios. Reconoce todo esto, dílo á su ministro al pié del confesonario, duélete de tu vida impia, promete corre-

gírla y mejorarla... y estás confesado, y estás salvado. Media hora de humillacion y de saludable vergüenza puede ahorrarte una eternidad de suplicios. Este papel te lo avisa quizá por última vez. ¡Ay de tí si lo desprecias!





# BIBLIOTECA POPULAR

ESTABLECIDA EN BARCELONA BAJO EL PATROCINIO DE SAN JOSÉ.

## OBRAS DE SEGUR.

AL SOLDADO en tiempo de guerra.—20 céntimos.

AVISOS y consejos á los aprendices.—80 id.

CLERO y nobleza.—70 id.

CONSEJOS PRÁCTICOS sobre las tentaciones y el pecado.—1 real.

CONSUELOS á los que sufren.—3 rs. en rústica, y 5 y medio en pasta. Fuera, medio real de aumento.

CONTESTACIONES claras y sencillas á las objeciones mas extendidas contra la Religion.—Al mismo precio que el anterior.—Esta obra se halla dividida tambien en 6 cuadernos, cada uno de los cuales se expende á 40 céntimos.

CONVERSACIONES sobre el protestantismo actual.—Al mismo precio que el anterior.

EL DINERO de san Pedro.—20 céntimos.

EL NIÑO Jesús.—60 id. En percalina y relieves dorados, 2 rs.

GRANDES verdades.—36 céntimos.

¿HAY UN DIOS que se ocupe de nosotros?—20 id.

JOSEFINA, ó una santita de nueve años.—1 real.

LA CONFESION y la Comunión al alcance de los niños.—Edicion económica: 90 id.—Edicion de lujo, propia para regalo: 8 rs.

LA DIVINIDAD de Jesucristo.—80 céntimos.

LA FE ante la ciencia moderna.—1 real y medio.

LA IGLESIA.—40 céntimos.

LA MISA.—1 real y medio.

LAS MARAVILLAS de Lourdes.—3 rs. en rústica y 6 en pasta.

LA ORACION.—1 real.

LA PASION de Nuestro Señor Jesucristo.—50 céntimos.

LA PIEDAD y las virtudes cristianas.—1 real y medio.

LA PIEDAD y la vida interior: *Primer cuaderno*: Nociones fundamentales, 80 cénts.—*Segundo cuaderno*: La abnegacion, 1 real y medio.

LA PRESENCIA REAL de Jesucristo en el santísimo Sacramento del altar.—1 real 75 céntimos.



- LA RELIGION al alcance de los niños.—80 céntimos.  
 LA SAGRADA Comunión.—80 id.  
 LA TERCERA ORDEN de san Francisco de Asis.—60 céntimos.  
 OBJECIONES contra la Encíclica.—32 id.  
 RECLINATORIO para la visita del santísimo Sacramento —1 real y medio en rústica, y 3 y medio en percalina.  
 VELADAS religiosas.—2 tomos, 14 rs. en rústica, y 20 en pasta. Fuera, 16 y 24 respectivamente.  
 VOLUNTARIOS de la oracion.—6 rs. el ciento.

## OPÚSCULOS Y FOLLETOS

escritos por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.

- AYUNOS y abstinencias: La Bula.—24 céntimos.  
 BREVÍSIMA IDEA del Apostolado de la oracion.—20 id.  
 EFECTOS canónicos del matrimonio civil.—40 id.  
 EL CONCILIO: La Iglesia: La Infalibilidad.—36 id.  
 CULTO de María.—30 id.  
 CULTO de san José.—20 id.  
 CULTO é invocacion de los Santos.—32 id.  
 EL PROTESTANTISMO, de dónde viene y á dónde va.—80 id.  
 LA BIBLIA y el pueblo: El pueblo y el sacerdote.—24 id.  
 EL PURGATORIO y los sufragios.—30 id.  
 LA CHIMENEA y el campanario.—70 id.  
 LOS MALOS periódicos.—30 id.  
 MANUAL del Apostolado de la prensa.—80 id.  
 MATRIMONIO civil.—34 id.  
 MISTERIO de la inmaculada Concepcion.—24 id.  
 ¡POBRES espiritistas!—60 id.  
 ¿QUE HAY sobre el espiritismo?—70 id.  
 RICOS y pobres.—50 id.  
 LA VOZ de la Cuaresma.—40 id.

Por cada diez ejemplares en rústica de las anteriores obras se dan dos gratis, ó uno si son encuadernadas.

Dirigirse á la Administracion, calle del Pino, 5, bajos, Barcelona.

BIBLIOTECA DE CATALUNYA



1001906870